

TRIBUNA LIBRE

Fischer frente a los fantasmas de Alemania

[HOLM-DETLEV KÖHLER]

El ministro de Asuntos Exteriores de Alemania, Joschka Fischer, del Partido de los Verdes, aparece durante las últimas semanas en los medios de comunicación por su pasado violento», revolucionario y su cercanía al terrorismo del grupo Fracción del Ejército Rojo. La oposición democristiana llevó el asunto al Parlamento intentando desprestigiar al ministro más popular del gabinete Schröder. Frente a la enorme confusión de información, el presente artículo defiende una interpretación alternativa resumida en las siguientes tesis:

1. El caso Fischer es un ejemplo más del lamentable estado del debate político actual y del no menos lamentable papel de los medios de comunicación. El pasado *okupa* y de lucha callejera de Fischer no es ninguna novedad: no fue ocultado jamás ni por Fischer ni por su actual partido (entonces inexistente), y está documentado en innumerables publicaciones. Lo mismo puede decirse de su amistad juvenil con el posterior terrorista Hans Joachim Klein. La campaña actual con la publicación de una foto que muestra a Fischer pegando a un policía y que coincide con el proceso contra Klein" no puede ser otra cosa que un montaje político-mediático."

La forma selectiva de informar no hace más que confirmar esa tesis. La periodista Bettina Roehl, que publica la foto, aparece como hija de la terrorista Ulrike Meinhof, que se suicidó en su celda en 1976, y como hijo del publicista de izquierdas Klaus Reiner Roehl. Sin embargo, nadie dice que su padre cobraba entonces del servicio secreto de la RDA o *Stasi* y que en la actualidad lleva ya muchos años polemizando contra el movimiento del 68 en los medios más conservadores de la RF A. Su estilo vulgar y populista es el de siempre. Roehl, además, consiguió en 1994 el título de doctor en Historia de las manos del ultra conservador Ernst Nolte, figura central y antipoda de Jürgen Habermas en la llamada *disputa de los historiadores* alemanes con su tesis de que el naciona-

lismo fue un fenómeno dentro de lo que él llama una «guerra civil europea». Así, relativiza la culpa y responsabilidad alemanas. Para conseguir el título, Roehl tuvo que escribir que el nacionalsocialismo representó entonces un mal menor frente al peligro comunista.

La madre de Bettina pagó su error con la vida. Klein, que no tiene tanta personalidad, lo está pagando con la destrucción continua de su vida. Pero ¿quién paga los errores del padre de Bettina (y de su hija)?

«La sociedad democrática alemana debe mucho más al pasado de Joschka Fischer que a su presente»

2. Fischer no fue jamás un revolucionario (aunque soñara entonces con la revolución), sino uno más en un amplio movimiento de rebeldía anti autoritaria. En 37 países se registraron revueltas estudiantiles en esta época. Esta revuelta se alimentó de tres fuentes principales: del movimiento estadounidense de derechos humanos y contra la Guerra de Vietnam, del movimiento disidente contra las dictaduras comunistas (varios líderes estudiantiles provenían de la RDA) y del movimiento de los hijos contra sus padres que habían servido en su mayoría al Tercer Reich para después convertirse en *demócratas* con la misma actitud sumisa y obediente.

La RF A de los años sesenta era una sociedad incrustada, sin memoria, sin

vida política, sin locura ni alegría. Una sociedad de ejecutores de una democracia regada, sin mérito democrático ninguno, construida sobre las ruinas del régimen nazi. Comportarse de forma diferente, llevar el pelo largo y ropa de colores, escuchar música rock... todo era insoportable para esta sociedad. Recordar el pasado significó un terremoto social frente al cual sólo cabía la autoridad del orden público. «Silencio es el máximo deber del ciudadano», se decía entonces. La libertad existía sólo dentro de un corsé de tabúes y Fischer y sus amigos vivieron la experiencia de que todo era tabú. La generación que bajo las órdenes de Hitler había devastado media Europa sólo quería vivir en un país limpio y ordenado.

Hasta 1969 gobernó sin oposición parlamentaria una gran coalición de democristianos y socialdemócratas bajo el canciller Kurt Georg Kiesinger, un viejo funcionario nazi. La única forma de despertar una sociedad adormecida e inyectar unas dosis de actitud democrática -rara oposición extra parlamentaria, la desobediencia civil masiva, la revuelta de la calle y de la cama. Esto no era ilegal. Formalmente, existía el derecho a la manifestación y la libertad de expresión. Pero en realidad fue perseguido e ilegalizado.

3. No es Fischer quien tiene que pedir perdón sino la policía alemana que acallaba repetidamente fuera de la ley poniendo en peligro el orden democrático del país. El sindicato de la policía alemana reclama al ministro que pida perdón por su acción violenta. Aparte del acierto anecdótico de una llamada del ministro al policía agredido en aquella foto de 1973, surgen una serie de preguntas.

¿No fue la policía la que dio el salto a la violencia con el asesinato del estudiante Benno Ohnesorg en junio de 1967 sin jamás pensar en pedir perdón a los manifestantes? ¿No fue la policía la que se saltaba permanentemente la normativa legal que requiere, por ejemplo, la disolución oficial y pública de una manifestación antes de llegar al extremo de intervención violenta contra los manifestantes? ¿No fue la



LEONORA ORESOE

policía la que se convirtió en una especie de fuerza militar contra la oposición extraparlamentaria mediante el uso indiscriminado de la porra, de cañones de agua con sustancias químicas y gases lacrimógenos, y de proyectiles de goma? La policía actuó no en defensa de la democracia ni de la ley sino bajo el concepto oficial de la *democracia de fortaleza militar* como brazo violento del alemán mediocre y autoritario que no aguantó la provocación democrática ni la más mínima crítica.

4. Los *okupas* de Francfort de los años 1971-1973 no sólo defendieron el orden legal contra la especulación ilegal sino que, además, salvaron un patrimonio arquitectónico de alto valor frente al peligro de la destrucción.

Un paseo por Francfort oeste lleva a uno por unas calles con edificios clásicos de la alta burguesía, perfectamente restaurados, habitados por gente muy acomodada o por entidades financieras. Los precios por metro cuadrado son los más altos de Alemania. Pero algunos edificios en medio, de tipo bloque de oficinas, indican el estado en el cual se encontraría el barrio sin haber intervenido el movimiento de *okupas*. Una mafia de especuladores estaba empleando toda una serie de medidas ilegales, incluyendo amenazas personales para convertir

edificios de vivienda y de protección cultural en ruinas. Su objetivo era obtener el derecho al derribo y a la edificación de bloques comerciales. La policía, desalojando a los *okupas*, actuó en defensa de los intereses de la mafia y en contra de la ley. Los *okupas* eran los únicos que denunciaron de forma eficaz este escándalo. Hasta el propio presidente de la policía de Francfort de la época, Knut Müller, admitió, en declaraciones recientes, la ilegalidad de la especulación y los excesos cometidos por la Policía.

En este contexto hay que plantear también la delicada *cuestión judía*, que surgió con la intervención del profesor judío Wolffsohn, que exigió en público la dimisión de Fischer por representar un mal ejemplo para la lucha contra la violencia de la extrema derecha. Es éste un tema delicado, no sólo por la presencia del pasado nazi en todas las movilizaciones de los años 60 Y 70, sino también porque entre algunos *okupas* e izquierdistas de la época resurgieron elementos de un nuevo antisemitismo. Este nuevo antisemitismo se alimentó del hecho de que la mayor parte de los especulantes en cuestión eran judíos.

Aquí a Fischer y, sobre todo, a su íntimo amigo Daniel Cohn Bendit correspondió el importante papel de atacar desde un principio con toda dureza cualquier tendencia antisemita

en el movimiento. Cohn Bendit es judío y forma parte del *lobby* judío en Alemania, un *lobby* que ahora está dividido entre los que atacan a Fischer y los que dan continuidad a la larga tradición de judíos progresistas en Alemania y que abarca nombres como Adorno, Horkheimer, Micha Brumlik o Dan Diner, todos ellos vinculados de forma particular a Francfort.

5. El hecho de que Joschka Fischer, hoy en día, pueda ocupar el puesto de ministro de asuntos exteriores en la RFA es impensable sin el pasado de los movimientos anti-autoritarios. La reinvencción democrática de Alemania, la pluralidad cultural y democrática de la Alemania pos 68, que incluye a movimientos sociales y al Partido de los Verdes, es el logro de estos «Violentos» y «revolucionarios» que en realidad, y de forma inconsciente, sólo se rebelaron contra una democracia descafeinada y sin vida, sin demócratas. Ver una contradicción entre el pasado rebelde y la actualidad ministerial de Fischer es, por tanto, un sin sentido.

6. El último punto es el más importante y resume a los anteriores. La sociedad democrática alemana debe mucho más al pasado de Fischer que a su presente, un hecho que comparte Fischer con muchos integrantes de la oposición democrática al Franquismo que se convirtieron, posteriormente, en hombres de Estado. Como integrante de un movimiento social, Fischer se levantó contra las prácticas de desalojar a los ciudadanos de sus viviendas con el fin especulativo de destruirlas y se levantó contra el hecho de que los ciudadanos alemanes financiaron con sus impuestos parte de la logística de las bases militares americanas en Alemania de donde salieron aviones con bombas hacia Vietnam, cometiendo una auténtica barbarie. Es decir, que Fischer se levantó contra la violencia y el terrorismo. Para esto sólo existía una opción realista: la desobediencia civil contra el orden público, lo que significaba ponerse ocasionalmente fuera de la ley. Pero en ningún momento puede confundirse esto con el terrorismo. No es que hoy Fischer sea un mal ministro. A diferencia de otros, mantiene una visión clara del papel de Alemania en Europa acorde a la Historia particular alemana. Sin embargo, como ministro es sustituible. Pero una Alemania posnazi, sin el despertar democrático de las revueltas anti-autoritarias sería temible, un peligro no sólo para Europa, sino para todo el mundo.